

Escrito por: narrador

Resumen:

En mi vida, jamás alguien me había hecho sentir, tan humillada, y vejada. Yo me encontraba supervisando la construcción de mi futura casa, cuando vi que uno de los trabajadores, después de ver el reloj, se había detenido a fumar un cigarrillo. Eso me indignó tanto, que de inmediato comencé a llamarle la atención, regañándolo, insultándolo, y diciéndole hasta del mal que iba a morir, por vago, sinvergüenza y ladrón. Ignorando por completo que esa acción, se revertiría totalmente en contra mía.

Relato:

Bueno quizás mi esposo tenía algo de razón al decirme, en innumerables ocasiones, que yo soy, malcriada, altanera, sónica, grosera, orgullosa, y sobre todo muy sarcástica, al momento en que me comunico con las personas, que de alguna forma, u otra me presta algún servicio, por el que estoy pagando. Y eso que es mi esposo, y dice que me ama. Me pregunto, que diría si no me amara. Bueno, regresando al lo sucedido. Ya eran un poquito más de las doce del día, cuando sucedió ese incidente. Incidente que al poco rato, ya yo había dejado de darle importancia. Me alistaba para salir a almorzar, cuando el capataz a cargo de la obra, se me acercó, y de manera muy respetuosa, dirigiéndose a mí me dijo. Usted perdone Licenciada, a lo que de inmediato le corregí, diciendo. Querré decir Doctora, el capataz algo avergonzado, continuó diciéndome. Perdone usted, Doctora, le voy a pedir de favor, que cuando regrese de almorzar, tenga la bondad de disculparse con el indio. Yo la verdad es que me quedé, como si no tuviera la menor idea de lo que el capataz me estaba hablando. Por lo que el mismo capataz, como que se dio cuenta de mi despiste, y de manera muy decente, me dijo. Doctora, me refiero al hombre que regaña, por ponerse a fumar, tenga en cuenta que ya eran más de las doce del día, y él es sino el mejor, es uno de los mejores trabajadores que tengo, lo malo es que también es un poquito bruto, y se toma las cosas muy a pecho, así que por su propio bien, le ruego que por favor se disculpe con él. Yo la verdad es que en ese instante, no entendía por qué, el indio ese, se iba a molestar conmigo. Fue cuando se me ocurrió decirle al capataz, que lo despidiera. El pobre hombre me respondió, pero no es para tanto Doctora, además no tengo ahora mismo para pagarle, y si lo despido debo compensarlo según las leyes del trabajo. Yo sin inmutarme le pregunté al capataz, y de cuánto dinero estaríamos hablando. El capataz lo pensó por un instante, y tras calcularlo me dijo una cantidad, y casualmente en mi

cartera, yo sabía que tenía un poco más, de lo que él había calculado, y entregándole todo eso le dije. Ya sabe, no quiero volver a ver a ese tipo por aquí. Despachando al capataz con una sonrisita, le dije, no se preocupe, que cuando yo regrese seguramente, ya él se debe haber marchado. Aunque el capataz trató de decirme algo más, yo me monté en mi auto, y sin darle la menor importancia, a lo que él me había dicho, arranqué a toda velocidad. Ese día después de irme al cercano Centro Comercial para almorzar, decidí dar una pequeña vuelta por el mismo, y visitar una que otra tienda, de las que salían con varias bolsas repletas de ropa íntima, incluso hasta me dejé puesto un lindo conjunto que compré, de pantis, y sosten color rojo, que me encantó para sorprender a mi esposo. Por eso en lugar de regresar a la una, a la obra, vine llegando casi a las tres de la tarde. Justo cuando estaba llegando, los obreros se encontraban recogiendo sus herramientas, incluso hasta el capataz, se me acercó y señalando el cielo, me dijo. Señora, perdón quise decir Doctora, como lo que se avecina, ya mismo, es una fuerte tormenta, y si mañana amanece lloviendo, no vamos a venir a trabajar, porque nada se podrá hacer mañana, si amanece lloviendo. Yo aunque la verdad pensé, que lo que deseaban en realidad, era agarrarse el día libre, le dije al capataz. Desde luego que no pensarán, en que les voy a pagar el día de mañana sino vienen a trabajar. Doctora, eso lo sabemos. Me dijo el capataz. En ese instante se cruzó conmigo, ese al que le decían el indio, aunque se me quedó viendo como si yo le debiera algo, yo la verdad ni le di importancia y seguí caminando. Así que al poco rato, escuché el camión del capataz arrancar, por lo que me supuse que se había llevado a todos los trabajadores, pensé que me encontraba sola en la construcción, y me dediqué a ver que tanto había avanzado, mi futura casa. No bien ya había pasado ni unos cinco minutos, cuando comenzó a caer la fuerte lluvia, de la que tanto el capataz había hablado. Yo había dejado mi auto, bien retirado de la entrada de la casa, ya que aun no se encontraba terminada, pensé en quedarme dentro de la casa, y esperar a que la lluvia pasara, pero mientras más esperaba, más oscuro se ponía el día, daba la impresión que fueran ya casi las seis o siete de la noche, y más fuertes los rayos, truenos y relámpagos caían. Aparte de la fuerte lluvia, los relámpagos, truenos, y la fuerte ventisca, sentí un frío tremendo. Y en parte creo que por eso, me dieron unas tremendas ganas de orinar. Como la visibilidad era tan poca, no pensé que nadie fuera de la casa pudiera llegar a verme orinando, además, mi esposo y yo habíamos decidido construir en ese lugar, para mantenernos bien retirados de los futuros vecinos, así que busqué un rincón de la sala donde me encontraba, confiadamente subí mi falda hasta mi

cintura, y bajar hasta un poco más arriba de mis tobillos, mis nuevas pantis rojas, me agaché; para orinar. Yo estaba de lo más distraída, viendo y escuchando cómo caía la lluvia, y sonaban los estruendosos relámpagos, cuando de momento al voltear mi cabeza hacia la derecha, que me encuentro siendo observada por un hombre, de momento no lo reconocí, pero al levantar mi cabeza, vi que se trataba del tal indio. Estaba viendo orinar, y yo me sentí sumamente incomoda e indignada por tal situación, así que sin terminar aun de haber orinado, le dije. Pero esto es el colmo de su desfachatez, como se atreve a estar parado ahí viendo orinar. Yo pensaba seguir regañando al tipo ese, cuando de golpe sentí un fuerte manotón en mi cara, que me hizo perder el balance, y caer rodando por el sucio piso, lleno de polvo, tierra, arena, y cemento. Quedé tirada en el suelo, con mi falda completamente recogida, mis pantis en los tobillos. Aunque no perdí el sentido del todo, yo iba a ponerme de pie, y estaba tan indignada, que hasta pensé en levantarme caerle a patadas a ese tipo, cuando apenas comencé a incorporarme, me llevé una de mis manos a mi rostro, y al observar mis dedos los vi cubiertos de sangre, en ese instante me entró un pánico tremendo, tanto que cuando el tipo ese me agarró por el cabello, yo me quedé como paralizada, y sin darme oportunidad de ponerme de pie, comencé arrastrarme, por lo que en un futuro sería el pasillo principal de la casa. De un solo jalón me introdujo en la habitación principal. Yo como pude me puse de pie en una esquina, pegada a la pared, completamente desorientada, asustada, llorando tanto por el dolor, como por el golpe que recibí, además por el inmenso miedo que sentí, y sin comprender claramente que estaba pasando. Cuando él sacó de uno de sus bolsillos una gran navaja, y mostrándomela me dijo. Ahora pedazo de puta, quédate la ropa, o yo mismo te la arranco. La verdad es que lo único en lo que me fijé fue en la gran navaja que el tipo ese cargaba en una de sus manos, por lo que a pesar de lo asustada, y nerviosa que me encontraba, comencé lentamente a soltar los botones de mi blusa. Sin levantar mi cabeza, viendo fijamente como algunas gotas de mi sangre chorreaban hasta el sucio suelo, terminé de quitarme la blusa, mientras que afuera de la casa los rayos, truenos y relámpagos continuaban cayendo con fuerza, junto con la fuerte lluvia. No bien me había quitado la blusa, cuando me detuve por un instante, pero de inmediato, escuché su voz como un trueno gritando, no te hagas la pendeja, y termina de quitarte la falda, perra. Yo con lo asustada que me encontraba, apenas y pude soltar el broche que sujetaba mi falda, para de inmediato dejarla caer sobre el empolvado y sucio piso de la habitación. Sin dejar de llorar de lo asustada que me encontraba, me quedé tratando inútilmente de cubrir, mi casi desnudo cuerpo, con mis manos

y brazos, al tiempo que inmediatamente trataba de subirme las pantis. El indio, me señaló los zapatos, por lo que con un ligero movimiento de mis pies me los quité, dejíndolos a un lado. De inmediato el tipo ese, sin dejar de mover la navaja en el aire, y señalíndome con ella me continuó diciendo, ahora maldita perra, termina de quitarte primero la pantaletas, y luego el sostén, y no me haga esperar. De manera sumisa aunque bien asustada, y sin dejar de estar llorando, le obedecí. Por lo que me iba a inclinar ligeramente, para bajar mi panti roja, cuando me di cuenta de que se encontraban en mis tobillos, mientras que con mis manos trataba de cubrir mi coño, de inmediato moviendo los pies, terminé de quitarme la panti. Luego tratando de ponerme de espaldas a él, comencé a quitarme el sostén. Al terminar lo escuché, decirme. Ahora sucia date la vuelta, que quiero ver de frente, a la puta que ordenó, al pendejo del capataz que me despidiera. Lentamente le obedecí, y al estar frente a él, me dijo retira tus manos de las tetas y de tu coño, los quiero ver, diciendo eso sin dejar de blandir su navaja, frente a mis ojos, a poco pasos de mi. Yo mientras me daba la vuelta, para estar frente a él, comencé a decirle. Que todo se trataba de una equivocación, pero apenas comencé hablar, me hizo callar, colocando su navaja sobre mi boca, en señal de que me quedase callada. Al hacerle caso, me siguió diciendo, ahora abre las piernas que deseo ver tu coño. Yo obedecí de inmediato, y llena de pínico, separé mis piernas un poco, fue cuando nuevamente lo escuché gritíndome. Te dije que abrieras las piernas, puta del carajo. Por un instante me pareció que esa gran navaja la iba a enterrar en uno de mis muslos, por lo que rípidamente, separé los míms que pude mis piernas, dejando ante sus lujuriosos y desorbitados ojos, mis piernas y mi coño completamente abiertos. Él se me acerco tanto, que sin mucho esfuerzo, pude sentir su aliento hediondo a cigarrillo, y el fuerte olor de sudor que emanaba de su cuerpo. Yo a todas estas, cerré mis ojos con fuerza, al mismo tiempo que no paraba de llorar, muriíndome de miedo, pensando que en cualquier momento, el desgraciado ese me podía apuñalar con esa navaja, si no le hacía caso. De golpe sentí, una de sus fuertes manos, agarrando completamente mi vulva. En ese instante sumamente asustada, abrí desmesuradamente mis ojos, y viíndolo directamente a los ojos, sentí que prícticamente me estaba violando. Sin soltarme, y aun con su navaja blandiíndola frente a mi rostro me dijo. Ahora vas hacer todo lo que te ordene, y cuidado con desobedecerme, porque te corto la cara, entendiste. A mí no me quedó mí remedio, que sumisamente asentí de manera afirmativa, con mi cabeza, al tiempo que con un pequeño hilo de voz, logré decirle que sí. Fue cuando, soltando mi coño, de inmediato se lleví su mano a la nariz, y mientras olía profundamente sus dedos, se retirí apenas un poco, me dijo riíndose. Quiero que

aquella maldita navaja. Mientras que afuera de la construcciôn continuaba lloviendo copiosamente, luego de separar mis piernas con sus pies, comenzô a colocarse sobre mí, mientras que yo terminô de tenderme de espaldas, y volteando mi rostro hacía la pared, sin dejar de llorar, comencô a pedirle que me perdonase, y le rogaba diciôndole que por lo que ôl mís quisiera, que no me hiciera daño. Pero antes de que sintiera que comenzara a penetrarme, agarrôndome por la quijada, y obligôndome a verlo a los ojos, me dijo. Côllate maldita, voy a darte una lecciôn que jamís olvides, por hija de puta, así que repite lo que yo te diga. Quiero que me lo metas, quiero que me hagas tu mujer, y así continuô diciendo un sin fin de cosas, que yo aunque muerta de vergüenza las repetía automíticamente, una y otra vez. Cuando de momento comencô a sentir, que mi coño era penetrado por su verga. Yo tratô de permanecer quieta, sin pensar en nada, pero a medida que ôl continuô metiendo, y sacando su verga de mi coño, me dijo ahora muôvete. Cosa que por el miedo a que no me fuera a puyar con la navaja, de inmediato comencô hacer. Me sentía tan humillada, no tan solo por sus palabras, sino por todo lo que me estaba obligando hacer, en contra de mi voluntad. A pesar de encontrarme completamente desnuda, dejando que me penetrase, manoseara, y besara como a ôl le daba la gana. Yo seguí moviendo mis caderas, al principio de manera mecínica, pero poco a poco a medida que continuaba sintiendo su verga entrando y saliendo de mi coño, de manera bien salvaje, y sus manos agarrando tanto mis tetas como nalgas, y su boca introducía su lengua dentro de mi boca. Yo me di cuenta de que yo misma, me encontraba, no tan solo moviendo todo mi cuerpo, sino que a pesar de lo sucedido, en parte disfrutaba de todo lo que ôl me estaba haciendo, en contra de mi voluntad. Mis profundos gemidos, me delataron, y para colmo en ciertos momentos en que sentía su verga bien adentro de mi coño, le pedía que me diera mís, y mís duro. Yo no podía entender cômo era posible, que encima de que me estaba violando, yo le pidiera que me diera mís duro, sin dejar de mover mis caderas, restregando mi bien penetrado coño, contra su cuerpo. Así estuve moviôndome, gimiendo y pidiendo que continuase, hasta que ôl lo sentí venirse dentro de mí. Y a los pocos segundos, aparte de sentirme sumamente avergonzada, humillada, ultrajada, vejada, y sometida por ôl, tambiôn disfrutô de un tremendo, y profundo clímax, como nunca antes lo había tenido. El indio apenas terminô, se puso de pie, y dirigiendo su mirada a mis nalgas, me dijo. Ahora, quiero que me lo vuelvas a mamar, que tengo muchas ganas de comerte el culo. Yo la verdad es que al escucharlo me asustô, y comencô a decirle que no me fuera a hacer daño, cuando de inmediato, levantô su mano derecha ligeramente, haciendo un ademín como si me fuera

a pegar, para que yo al verlo, de inmediato me quedase callada, y en silencio, por el miedo a que me fuera a herir, o golpear nuevamente, por desobedecerle. Así que que apenas se volvió a colocar frente a mí, de inmediato, bien consciente de que no debía contrariarlo, me arrodillé frente a él, dirigiendo mi boca a su verga, la que sin demora alguna tomé entre mis dedos, se encontraba aun con algunas gotas de su semen chorreando por su glande, y el resto de su verga, completamente mojada por mis fluidos vaginales. Dedicándome a mamar intensamente, hasta que su verga rápidamente se tonificó. En cosa de segundos, apenas su verga se volvió a poner dura, el muy desgraciado volvió a ordenarme que le pidiera, o mejor dicho que le rogase que me clavara su verga por el culo. Cosa que muy a pesar mío, hice de manera insistente, casi llorando, le solicitaba que me diera por el culo, una y otra vez. Hasta que él colocándose tras de mí y sin compasión alguna, mientras que yo permanecía con mi rostro y mis tetas pegadas al piso, y mis piernas separadas, con mis nalgas al aire, enteramente prcticamente de un solo golpe su miembro, entre mis adoloridas nalgas, sin compasión alguna. En esos instantes, de inmediato por mis mejillas corrieron mis lagrimas, más que por el dolor de ser sodomizada de esa tan brutal manera, avergonzada lloraba sin parar, sintiéndome mucho más humillada, de lo que ya me sentía. Reconociendo a la grima viva, que yo era la responsable de todo lo que me estaba sucediendo en esos momentos, de haber sido tan grosera, engreída y mal educada, al momento de llamarle la atención a ese tipo, y posteriormente exigirle al capataz que lo despidiera. A pesar del fuerte dolor que sentía, seguía pidiéndole que continuase dándome por el culo, sin parar. En esos momentos me encontraba tan y tan agotada, que perdí completamente el sentido. Pero al despertar, me encontré, rodeada de policías, paramédicos, y hasta periodistas que no dejaban de tomarme fotos. Yo estaba aun completamente desnuda, con mi cuerpo todo sucio, hediondo a sexo, con lamparones de leche por todo mi cuerpo.

Además de tener una gran cantidad de sangre seca, que al parecer había chorreado por mis muslos, desde mi culo. En fin estaba hecha toda una porquería, tanto los policías como la prensa, no dejaba de acosarme con preguntas. Hasta que gracias a Dios los paramédicos me colocaron en la camilla, me cubrieron con una sabana, y ya dentro de la ambulancia, me comenzaron a dar los primeros auxilios. AL leer en los periódicos, la noticia, quería morirme. Decían todo tipo de barbaridades sobre mí. Desde que había participado en una orgía, a que me había puesto a trabajar de puta, y un cliente por no pagarme me había caído a golpe. Claro que una vez que recuperé el sentido y di mi declaración a los fiscales, fue fácil identificar a mi agresor, aunque hasta ahora no lo han agarrado. Lo último que supe, fue que posiblemente regresé a su selva. Pero desde esos días, no he

